

of the disease, and the author's style. Chapter three is dedicated to smallpox, with quite a good description of the history of vaccination in Rio de Janeiro. Here, the author provides important information on one of the possible reasons for the *Revolta da Vacina* (revolt against vaccination) in 1904: the dissatisfaction of the population with the power of the state through its doctors or the doctors and health officials employed by the institution with a concession to vaccinate. Chalhoub discusses previous interpretations of the Revolt, such as Sevckenko, Meade and Carvalho, and offers a very useful explanation for it (p. 162). However, the author could have described in more detail the history of many deliveries of '*pus vacínico*' to different parts of Brazil, a subject about which he says there is ample documentation (p. 210, footnote 51). This could be important to other scholars working in the field.

The so-called "sinuous account" of black cultural roots to explain the traditional fear of vaccination is an interesting one, and there are many riveting passages, such as a visit paid by the chronicler João do Rio to a part of the city where there was *candomblé* and *pais de santo*. The quotation, from a chronicle by Machado de Assis, of a comparison of old newspapers and cemeteries is masterful, apart from being suggestive as a reflection on history (pp. 164-166). The discussion of the political aspects and implications of the medical theories of contagion and infection, as well as the attempt to put it in the context of Brazilian history, is also important and well done (pp. 168-180). For all these reasons, this is a book worth reading.

Joel Outtes

Oriel College, Oxford

PAUL VANDERWOOD: *The Power of God Against the Guns of Government: Religious Upheaval in Mexico at the Turn of the Nineteenth Century*. Stanford, CA: Stanford University Press, 1998.

Este cautivador libro narra y analiza la ya famosa rebelión de Tomochic, caecida entre 1891 y 1892 en un pequeño pueblo mestizo en las sierras al oeste de Chihuahua. Liderados por el enigmático Cruz Sánchez e inspirados por los poderes espirituales atribuidos a "La Santa" Teresa de Cabora, una niña en aquel entonces venerada por su milagrosa capacidad sanativa, una facción disidente de los habitantes de Tomochic desconoció a la autoridad local, decidida a no obedecer ya más ley que la de Dios. Por diez meses Cruz Sánchez y sus seguidores resistieron las presiones y los ataques del gobierno y del ejército, humillando en varias ocasiones a las fuerzas federales enviadas a someterlos. La osadía de estos tomochitecos fue noticia en México y en el extranjero, y tanto el Presidente Porfirio Díaz como las autoridades estatales

y los caciques locales vieron en ella un profundo desafío a sus respectivos intereses. En octubre de 1892, un gran contingente de tropas federales sitió finalmente Tomochic, incendiando y arrasando el pueblo a medida que iba apretándose el cerco. Todos los sublevados fueron liquidados; unos murieron acribillados, otros quemados o ejecutados. De Tomochic no quedó casi nada, sólo la amarga memoria. Las mujeres y los niños que sobrevivieron los ataques fueron evacuados; algunos posteriormente regresaron a reconstruir sus vidas, como lo hicieron también sus antiguos rivales pueblerinos, nuevamente poderosos. Otros, sin embargo, jamás volvieron.

La terrible historia de Tomochic —una especie de Canudos mexicano— ha sido contada muchas veces, pero nunca con la pericia y la gracia con que lo hace ahora el historiador Paul Vanderwood. Esta es una obra no sólo minuciosamente documentada y muy bien estructurada, sino que además se lee con gusto. Vanderwood hábilmente ilumina su dramática narración de los sucesos de Tomochic con amplios análisis contextuales —por ejemplo, sobre el origen y carácter de los pueblos mestizos de la Sierra, la lucha contra los Tarahumara y los Apaches, la geografía económica, la religiosidad popular, la organización de las fuerzas militares y los conflictos políticos regionales. Gracias al exterminio de los Apaches, al ferrocarril y al nuevo auge de la minería, el potencial económico de valles como el de Tomochic creció grandemente a partir de los 1880: las tierras adquirieron mayor valor, el comercio se incrementó y el control de los privilegios políticos adquirió renovada importancia. En esta nueva y voraz competencia habría varios ganadores, pero también muchos perdedores. A raíz de esos rápidos y desconcertantes cambios, prosperaron las disputas comunitarias, las fricciones entre camarillas rivales, los rencores personales —todo esto acentuado por una sequía que, a partir de 1887, azotó a la región durante varios años. Hacia 1891, Tomochic era un pueblo dividido y tenso, plagado de incordias cotidianas, pequeños negocios turbios, abusos de poder y desaires que no se olvidan. Entre los agraviados estaba Cruz Sánchez, a quien el llamado espiritual de nuevos "santos" como Teresa de Cabora parece haber dado inspiración para hallarle un remedio divino a toda esa reciente injuria provocada por caciques y políticos. Vanderwood reconstruye paso a paso —y con lujo de detalles— los antecedentes y la evolución del conflicto entre los tomochitecos alzados y sus diversos adversarios, relatando de forma paralela la compleja y misteriosa saga de la niña Teresa Urrea, la Santa de Cabora, Sonora. A lo largo del texto, Vanderwood no oculta sus simpatías póstumas con las víctimas y con su causa.

De entre varias, una cuestión de interpretación general salta a la vista. Vanderwood describe a Cruz Sánchez y a sus colaboradores como gente enfrascada en una lucha fundamentalmente espiritual, si bien con claras

repercusiones políticas y sociales. A sus acciones y pronunciamientos— y a las motivaciones que de ellas infiere —Vanderwood les da una explicación primordialmente religiosa, anunciada ya desde el subtítulo del libro. Para él, los tomochitecos fueron, a fin de cuentas, milenaristas dispuestos al martirio con tal de rechazar los corruptos designios del Diablo moderno, fieles seguidores de un Dios cuyos poderes purificadores y salvadores se manifestaban tangiblemente a través de figuras como Teresa. Vista la rebelión de este modo, su desenlace sangriento se proyecta desde un principio como inevitable, no sólo por la rigidez autoritaria de Porfirio Díaz, o por la insidia de todas aquellas figuras locales cuyos intereses se veían frustrados, sino también porque los "fieles" de Tomochic no parecen haber contemplado la posibilidad de otra salida. Al lector le toca decidir, basándose en la evidencia que presenta Vanderwood, si esta interpretación es convincente. Identificar las verdaderas motivaciones de gente que escribió muy poco es labor difícil para el historiador, y quizás más aún en este caso, en el cual la mayoría de los documentos relevantes provienen de fuentes empeñadas en demostrar el fanatismo sin cuartel de los rebeldes. Por otro lado, al examinar la situación de Tomochic antes de la rebelión, el propio Vanderwood señala otros factores concretos: la competencia entre grupos, la creciente desigualdad social, las desavenencias personales, la prepotencia de las autoridades, la prolongada sequía. Quizás se encuentren ahí las bases para una interpretación algo menos inclinada hacia el ámbito de lo religioso, en la cual se le de más importancia explicativa a los conflictos de carne y hueso provocados por la enorme transformación económica que sufrió el norte de México durante el Porfiriato. La diferencia es cuestión de énfasis, pero no por eso deja de ser importante, pues lo que está en juego es si la naturaleza de los agravios locales que motivaron los sucesos de Tomochic es o no, al cabo, excepcional.

De cualquier manera, la obra de Vanderwood merece admiración. Recuenta experta y vívidamente un episodio notable en la historia del México porfiriano, y además contribuye al esclarecimiento de la vida política y social de una región que más adelante sería cuna de la Revolución Mexicana.

Emilio H. Kourí

Dartmouth College